



“Elegías de Duino”

Rilke

XI Encuentro poético

Viernes 30 DIC 2018
21h30

+ Info: Arturo Peris

ELEGÍA I

¿Quién, si yo gritara, me oiría desde las jerarquías
de los ángeles?, y aún en el caso de que uno me cogiera
de repente y me llevara junto a su corazón: yo perecería por su
existir más potente. Porque lo bello no es nada
más que el comienzo de lo terrible, justo lo que
nosotros todavía podemos soportar,
y lo admiramos tanto porque él, indiferente,
desdeña destruirnos. Todo ángel es terrible.
Y por esto yo me contengo y ahogo el grito de reclamo
de un oscuro sollozo. ay, ¿a quién podemos
entonces recurrir? a los ángeles no, a los hombres, no,
y los animales, sagaces, se dan cuenta ya
de que no estamos muy seguros, no nos sentimos en casa
en el mundo interpretado. Nos queda tal
vez algún árbol en la ladera, para que la volvamos a ver
todos los días; nos queda la calle de aer y la mimada fidelidad de una costumbre
que se encontró a gusto con nosotros y por esto se quedó y no se fue.

Oh, y la noche, la noche, cuando el viento lleno de espacio cósmico
muerde nuestro rostro, ¿para quién no se quedaría, la anhelada,
suavemente desilusionadora, penosamente inminente
para el corazón solitario? ¿Es más leve para los amantes?
ay, ellos no hacen más que ocultarse el uno al otro su suerte.
¿No lo sabes aún? arroja de tus brazos el vacío
y añádelo a los espacios que respiramos; tal vez los pájaros
sientan el aire ensanchado con el vuelo más íntimo.
Si, es verdad, las primaveras te necesitaban. Te pedían, por encima de tus fuerzas,
algunas estrellas que las percibieras. Se levantaba
una ola y se acercaba, en el pasado, o
cuando pasabas junto a la ventana abierta
se entregaba un violín. Todo esto era misión.

Pero ¿pudiste con ello? ¿No seguías estando
distráido, esperando, como si todo te anunciara
una amada? (Dónde quieres ocultarla
si los grandes, extraños pensamientos que hay en ti
entran y salen y a menudo se quedan por la noche.)
Pero si sientes anhelos, canta a los que amaron; lejos
aún de ser lo bastante inmortal es su famoso sentir.
Aquellas, casi las envidias, abandonadas que tú
encontraste tanto más amantes que las satisfechas. Empieza
siempre de nuevo la alabanza jamás alcanzable;
piensa: el héroe se mantiene y perdura, hasta su misma caída fue para él
sólo un pretexto de ser: su nacimiento último.

Pero a los amantes los vuelve a tomar la Naturaleza, agotada,
de nuevo en su seno, como si no hubiera fuerzas
para llevar a cabo esto dos veces. ¿Has pensado lo bastante
en gaspara Stampa para que alguna muchacha
a la que se le fue el amado, en el ejemplo exaltado
de esta amadora sienta: si yo llegara a ser como ella?
Estos dolores, los más antiguos de todos, ¿no van a ser al fin
más fecundos para nosotros? ¿No es tiempo de que amando
nos libremos del ser amado y resistamos esto estremecidos:
como la flecha resiste la cuerda para, concentrada en el salto,
ser más que ella misma? Pues en parte alguna hay permanencia.
Voces, voces. Escucha, corazón mío, como antaño sólo
escuchaban los santos: que la enorme llamada
los levantaba del suelo; ellos, no obstante, seguían,
imposibles, de rodillas y no se daban cuenta:
así estaban escuchando. No para que pudieras soportar la voz
de Dios, ni mucho menos. Pero escucha lo que sopla,
la ininterrumpida noticia que se forma con el silencio. (...)

ELEGÍA II

Todo ángel es terrible. Y, no obstante, ay de mí,
yo os canto, pájaros del alma, casi mortíferos,
sabiendo de vosotros. adonde han ido los días de Tobías,
cuando uno de los más resplandecientes estaba junto a la sencilla puerta, ante la casa,
un poco disfrazado para el viaje y sin ser ya temible;
(muchacho para el muchacho, que, curioso, lo miraba).
Si ahora se acercara el arcángel, el peligroso, detrás de las estrellas,
si bajara dando un paso sólo y viniendo de allí: hacia arriba la
tienda, nuestro propio corazón nos mataría. ¿Quién sois?

Tempranos afortunados, vosotros los mimados de la creación, líneas de alturas, crestas
de todo lo creado,
rojizas al amanecer, polen de la divinidad en flor
articulaciones de la luz, pasadizos, escalas, tronos,
espacios de esencias, escudos de delicia, tumultos
de un sentimiento tempestuosamente arrebatado y de repente, solitarios,
espejos: que irradian su propia belleza
y la recogen de nuevo en su propio semblante.
Porque nosotros, allí donde sentimos, nos evaporamos; ay, nosotros,

respirando, salimos de nosotros y nos disipamos; de ascua en ascua
vamos despidiendo cada vez un olor más tenue. Entonces uno probablemente nos diga:
sí, entras en mi sangre, esta habitación, la primavera se llena de ti...
Qué se puede hacer, él no nos puede detener,
desaparecemos en él y en torno a él. Y a los que son bellos,
oh, ¿quién los retiene? Incesantemente surge apariencia en
su rostro y se marcha. Como rocío de hierba temprana
se levanta lo nuestro de nosotros, como el calor de un plato caliente.

Oh, sonrisa, ¿adonde? Oh mirada hacia arriba:
nueva, cálida, huidiza ola del corazón;
ay de mí: somos esto, sin embargo.
¿Sabe a nosotros el espacio del mundo en el que nos disolvemos?
¿Cogen los ángeles realmente sólo lo Suyo, lo que irradia de ellos,
o, a veces, como por error, hay algo de nuestro ser allí?
¿Nos hemos mezclado nosotros en sus
rasgos sólo como lo que hay de vago en los rostros
de las mujeres encinta? Ellos no lo notan en el torbellino
de su regreso a sí mismos. (Cómo iban a notarlos.) (...)

ELEGÍA III

Una cosa es cantar a la amada. Otra cosa, ay,
a aquel escondido, culpable dios fluvial de la sangre
aquel a quien ella reconoce de lejos, su joven amado, qué sabe él,
él mismo del señor del placer, que de su soledad a menudo,
antes aún de que la muchacha calmara, a menudo, incluso como si ella no existiera,
ay, chorreando de qué incognoscible, levantó su cabeza de dios,
convocando a la noche a infinito tumulto.
Oh el Neptuno de la sangre, oh su terrible tridente.
Oh el oscuro viento de su pecho, que sale de la retorcida caracola.
Escucha cómo la noche se abre en valles y se ahueca. Vosotras, estrellas,
¿no viene de vosotras el gozo del que ama al ver el semblante
de su amada? la visión interior que él tiene
del rostro puro de ella, ¿no la tiene del astro puro?
No fuiste tú, ay, ni su madre
quien le tensó de este modo, para la espera, el arco de las cejas.
No fue junto a ti, muchacha que lo sientes, junto a ti no fue
que se doblaron sus labios en la expresión más fecunda.
¿Piensas realmente que tu leve aparición le hubiera
conmovido así, tú, la que pasa como el viento mañanero?
Es verdad, le asustaste el corazón; 'miedos más viejos, no obstante,
irrupieron en él al contacto de este choque.
llámale... tu llamada no le hace salir del todo de su oscuro comercio.(...)

ELEGÍA IV

Oh árboles de la vida, oh, ¿cuándo invernales?
Nosotros no estamos en armonía. No estamos acordados como las aves
migratorias. Sobrepassados y tardíos,
nos imponemos de repente a los vientos
y caemos en el estaque indiferente.
El florecer y el secarse están presentes a un tiempo en nuestra consciencia
Y por alguna parte andan leones todavía y no saben,
mientras dura su majestad, de ninguna impotencia. (...)

ELEGÍA VII

Solicitud ya no, no solicitud, voz emancipada sea la naturaleza de tu grito;
en verdad gritaste puro como el pájaro,
cuando la estación lo levanta, la ascendente, olvidando casi
que él es un animal preocupado y no sólo un corazón solitario
al que ella lanza a lo alegre, sereno, a los íntimos cielos. Como él, así
solicitarías tú también, no menos, que, aún invisible,
supiera de ti la amiga, la callada, en quien una respuesta
lentamente despierta y al escuchar se calienta
para tu osado sentir la que siente inflamada.

Oh y la primavera comprendería que no hay aquí lugar alguno
que no lleve el acento de la anunciación. Primero aquel pequeño
grito que se levanta interrogativo, al que, con calma creciente,
lo rodea a lo lejos con su silencio un día puro que afirma.
luego las gradas que suben, las gradas-de-grito que suben, al templo
soñado del futuro; luego el trino, fuente
que para el chorro que avanza con fuerza adelanta ya la caída
en prometedor juego... Y ante él, el verano. (...)

ELEGÍA VIII

Dedicada a Rudolf Kassner

Con todos los ojos ve la critatura
lo abierto. Sólo nuestros ojos están
como vueltos del revés y puestos del todo en torno a ella,
cual trampas en torno a su libre salida.
lo que hay fuera lo sabemos por el semblante
del animal solamente; porque al temprano niño
ya le damos la vuelta y le obligamos a que mire
hacia atrás, a las formas, no a lo abierto, que
en el rostro del animal es tan profundo. libre de muerte.
a ella sólo nosotros la vemos; el animal libre tiene siempre su ocaso detrás de sí
y ante sí tiene a Dios, y cuando anda, anda
en la eternidad, como andan las fuentes.
Nosotros nunca tenemos, ni siquiera un solo día,
el espacio puro ante nosotros, al que las flores
y nunca Ninguna Parte sin No: lo puro,
no vigilado que el hombre respira y sabe
infinitamente y no codicia. Cuando niño
se pierde uno en silencio en esto y le
despiertan violentamente. O aquel muere y es esto.
Pues cerca de la muerte uno ya no ve la muerte
y mira fijamente hacia afuera, quizás con una gran mirada de animal.

Los amantes, si no fuera el otro, que
tapa la vista, están cerca de ella y se sorprenden...
Como por error les está abierto
detrás del otro... Pero más allá de él

no llega nadie, y de nuevo vuelve a ser mundo para él.
Vueltos siempre a la creación, vemos
sólo sobre ella el reflejo de lo libre,
oscurecido por nosotros. O que un animal,
un animal mudo, levanta la vista, tranquilo atravesándonos.
A esto se llama destino: estar en frente
y nada más que esto y siempre en frente.

Si hubiera consciencia como la nuestra en el
seguro animal que viene a nuestro encuentro en otra dirección, nos cogería violentamen-
te y nos haría dar la vuelta
con su cambio. Pero su ser es para él
infinito, suelto y no mira
a su estado, puro como su mirada hacia adelante.
Y donde nosotros vemos futuro, allí ve él Todo
y a sí mismo en Todo y a salvo para siempre.

Y, sin embargo, en el animal vigilante, cálido
hay peso y la inquietud de un gran melancolía.
Pues también él lleva consigo siempre lo que a nosotros
a menudo nos domina, el recuerdo,
como si aquello hacia lo cual uno aspira
con todas sus fuerzas hubiera estado ya una vez
más cerca, hubiera sido más fiel, y su contacto con ello,
y allí era respiración. Después de la primera patria
para él la segunda es intemperie y viento.

Oh beatitud de la pequeña criatura
que permanece siempre en el seno que la llevó dentro;
oh dicha del mosquito que aún dentro salta,
incluso en su boda: pues seno es Todo.
Y mira la media seguridad del pájaro
que desde su origen sabe casi ambas cosas,
como si fuera el alma de un etrusco,
de un muerto a quien recibió un espacio,
pero con la figura yacente como cobertura.
Y cuán turbado está uno que tiene que volar
y procede de un seno. Como asustado ante
sí mismo, cruza en zig-zag el aire, como cuando una raja
cruza una taza. así la huella
del murciélago raja la porcelana de la tarde.

Y nosotros: espectadores, siempre, en todas partes,
¡vueltos al todo y nunca fuera!
a nosotros esto nos llena a rebosar. lo ordenamos.
Se desmorona.
lo volvemos a ordenar y a su vez nosotros mismos
nos desmoronamos.

¿Quién nos dio pues la vuelta, de tal modo
que, hagamos lo que hagamos, estamos en la actitud
de uno que se marcha? Como quien,
en la última colina que le muestra una vez más
del todo su valle, se da la vuelta,
se detiene, permanece así un rato,
así vivimos, siempre despidiéndonos.

Traducción de Eustaquio Barjau



Poetiholics

Poetry & Beer